

LA INFANCIA ABANDONADA Y DELINCUENTE EN LA LITERATURA GALDOSIANA

THE ABANDONED AND DELINQUENT CHILDREN IN THE GALDOSIAN LITERATURE

Yuqi Wang

Universidad de Zhejiang

RESUMEN

El incremento en el número de niños abandonados en casi toda Europa durante el tiempo de Galdós conducía a otras cuestiones sociales como la orfandad, la mendicidad, la golfería y la delincuencia. El novelista en su literatura presenta una variedad de niños abandonados y huérfanos. Sin embargo, la mayoría de ellos, a pesar de las vicisitudes de la vida, mantienen la dignidad y el honor. Así pues, destacan por su esfuerzo para la autoformación, aspecto que les permite alejarse del camino de la degradación habitual.

PALABRAS CLAVE: niños, infancia, abandono, delincuencia, Galdós.

ABSTRACT

The increase of the number of abandoned children in Europe led to other social issues such as the increasingly common figure of the orphan, begging, idleness, and crime. In his writings, Galdós depicts a variety of abandoned children and orphans. However, the majority of them, despite the vicissitudes of life, maintain their dignity and honor. Therefore, they stand out in their predisposition towards self-training, which allows them to avoid the usual path of degradation.

KEYWORDS: children, childhood, abandonment, crimes, Galdós.

Durante los siglos XVIII y XIX, como una de las consecuencias de la industrialización, en casi toda Europa se produjo un incremento en el número de niños abandonados. Refiriéndose a este fenómeno en la sociedad española, Concepción Arenal, en *Niños expósitos y niños mendigos* (1887), apunta:

Creer que hoy podemos intentar que España se ponga al nivel de los pueblos (...) que amparan a la infancia, no solo material, sino moralmente abandonada, y prolongar el patrocinio social hasta entrada la juventud (...) sería una ilusión vana, y medio seguro de no lograr nada, pretender un todo imposible (Arenal: 1996, 167).

En el capítulo titulado “Chicos de la calle” de *La instrucción del pueblo* (1878), la misma autora deja una descripción acerca de este conjunto integrado por diferentes grupos de niños y adolescentes abandonados:

Con el nombre de chicos de la calle, se confunden categorías morales muy diversas. En la calle está el niño que por descuido de sus padres no va a la escuela; el que no asiste por falta de vestido o de

calzado, o del local en que se le admita gratuitamente, siendo él muy pobre para pagar retribución alguna; el que tiene alguna ocupación a las horas de clase; el rebelde que prefiere el castigo y la holganza y la libertad, a la sujeción y el trabajo del aula (Arenal: 2008, 105).

Julián Juderías, en su estudio *La infancia abandonada: leyes e instituciones protectoras* (1912), también presenta un panorama sobre las penosas condiciones de vivir de estos niños:

...cuando las masas proletarias, organizadas y poderosas, avanzan resueltas hacia la conquista de sus ideales, el niño continúa padeciendo males impropios de la época que atravesamos: sus padres le abandonan, le maltratan, le explotan de mil modos y hasta le venden por unos ochavos, cuando no le convierten en criminal (Juderías: 1912, 7).

El abandono infantil durante ese periodo se atribuye en gran medida al desajuste producido entre el desarrollo industrial y económico, y la antigua estructura social, razón por la cual los niños que sufren dicho estado pueden tener sus orígenes tanto en la clase popular como en la clase media. Álvaro López Núñez, en *La protección a la infancia en España* (1908), revela que una de las causas de esta cuestión social radica en la escasez del tiempo de los progenitores y la consecuente libertad de sus hijos:

Mientras los padres se entregan a sus ocupaciones y negocio y las madres pierden lastimosamente el tiempo rindiendo tributo a las frívolas exigencias de sociedad, los niños se educan torpemente en manos mercenarias, y faltos del dulce atractivo del amor doméstico, buscan, como los otros, los suaves halagos de la vida libre, y se deforman y depravan en lugares de ocio y corrupción (López Núñez: 1908, 74).

El abandono infantil conduce a problemas sociales como la mendicidad, la golfería y la delincuencia, de los que la literatura galdosiana nos ofrece numerosos ejemplos. En *La desheredada*, el narrador expone al lector un fresco de la bulliciosa ciudad de Madrid del siglo XIX, del que formaban parte una «multitud de niños casi desnudos» que «jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimentos» (Pérez Galdós: 2003III, 22). En *Marianela*, el doctor Teodoro Delfín mantiene una conversación con su cuñada Sofía, en la que denuncia la poca atención y protección que presta la sociedad a este grupo, haciendo énfasis en su necesidad de amor, respeto y educación:

Estáis viendo delante de vosotros, al pie mismo de vuestras cómodas casas, a una multitud de seres abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes (...) nunca se os ocurre infundirles un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos, dándoles las ideas de que carecen; no se os ocurre ennoblecerles, haciéndoles pasar del bestial trabajo mecánico al trabajo de la inteligencia (Pérez Galdós: 2003II, 711).

Cabe recordar que los novelistas realistas y naturalistas decimonónicos en sus obras trataban a menudo el tema de la miseria y la pobreza infantil. El *Oliver Twist* de Charles Dickens, o el *Sin familia* del escritor francés Héctor Malot son un manifiesto de ello. En *La literatura para niños y jóvenes*, Marc Soriano corrobora que en la literatura de la segunda mitad del siglo XIX, aparecen numerosos niños «valientes y alegres, que luchan por una vida mejor», aunque hay más «pobres desvalidos», «aplastados por el exceso de trabajo y la miseria, y que chocan, además, con la incomprensión de los adultos que deberían protegerlos» (Soriano: 1995, 414).

Entre los personajes infantiles y adolescentes galdosianos se puede otorgar el calificativo de «luchadores» a figuras como Pablillo en *El audaz*, Gabriel Araceli en la primera serie de los *Episodios nacionales* y los hermanos Golfín en *Marianela*. Mientras que a los personajes como Marianela se les puede conferir el adjetivo de «desamparados».

Pablillo, «chicuelo de nueve años», era hijo de Pablo Muriel y hermano de Martín Muriel en *El audaz. Historia de un Radical de Antaño* (1871). Se quedó bajo la protección del conde de Cerezuelo tras el fallecimiento de su padre. En el capítulo v de la novela, titulado “Pablillo”, se dan muchas pinceladas acerca de la vida del niño en la casa del Conde, donde trabajaba como criado.

Su oficio no era nada agradable, pues además de cumplir las diferentes tareas domésticas, tenía que enfrentarse a las lamentables condiciones de vida y los maltratos de los sirvientes de la casa:

No podía entregarse al juego, porque los demás chicos le hacían objeto de burlas (...). Se le obligaba a estar sentado en un rincón mientras saltaban los otros, y cuando se repartía alguna golosina nunca le tocaba a Pablillo más que el pezón o el hueso (Pérez Galdós: 2003II, 276).

Con el tiempo, Pablillo había ido formando un carácter tímido, melancólico y rehuido, consecuencia de sus tempranas experiencias de miseria. Tanto los tratos injustos que recibía como la indiferencia y el rencor que sentía a su alrededor le iban insertando el deseo de escaparse. Resolvió huir de la casa del Conde y consiguió la libertad como un «pequeño caballero andante» (Pérez Galdós: 2003II, 278).

Comenzó su vida errante tras su fuga de la casa del Conde: de Alcalá pasó a Chinchón, donde fue recogido cuando estaba pidiendo limosna por un hombre, el señor Mediodiente, quien se ganaba la vida representando espectáculos. Y finalmente, fue adoptado por Engracia y su marido Leonardo, siendo aquella amiga de la hija del conde, y éste, antiguo amigo de su hermano.

Cronológicamente, Pablillo es el primero entre los personajes infantiles y adolescentes al que Galdós describe minuciosamente en su producción literaria. Erikson en su artículo plantea la similitud entre esta figura, Marshalsea de *Little Dorrit* y Oliver Twist de Dickens (Erikson: 1936, 421). La imagen de esta figura también se asemeja de cierta manera a la de Felipe Centeno en *El doctor Centeno*, puesto que ambos son poseedores de un carácter tímido y sumiso pero en el fondo anhelan la libertad.

El trabajo por cuenta propia constituye otro camino para estos niños luchadores. Para ilustrar dicho sendero, destacamos el ejemplo de los hermanos de Golfín que eran huérfanos desde la infancia. Gracias a un espíritu luchador, consiguieron valerse por ellos mismos y ascender de clase social: «Nacidos en la clase más humilde, habían luchado solos en edad temprana por salir de la ignorancia y de la pobreza (...); mas tanto pudo en ellos el impulso de una voluntad heroica (...) llegaron jadeantes a la ansiada orilla» (Pérez Galdós: 2003II, 707).

A pesar haber medrado en la vida, dicha pareja de hermanos no parece olvidarse de sus raíces. Así pues, el capítulo X, durante el transcurso de una conversación con Sofía, Teodoro Golfín insiste en la importancia de la lucha:

... desde nuestra más tierna infancia nos acostumbramos a la idea de que no había nadie inferior a nosotros... Los hombres que se forman solos, como nosotros nos formamos; los que, sin ayuda de nadie, ni más amparo que su voluntad y noble ambición, han logrado salir triunfantes en la *lucha por la existencia*... (Pérez Galdós: 2003II, 712).

El ascenso de los más desfavorecidos impregna varias obras galdosianas. Así, en la primera serie de los *Episodios nacionales*, Gabriel Araceli, que pertenece al estatus más humilde de la sociedad, representa a los hombres que se elevan por su esfuerzo, ambición y honor.

Recordemos, por ejemplo, que al inicio de *Trafalgar*, el protagonista empezó su vida laboral como un guía en el muelle. Después se marchó de Cádiz y fue recogido por suerte por don Alonso y su mujer, y así, comenzó a trabajar en su casa como criado. Gracias a la generosidad de sus amos, el trabajo de Gabriel no resulta tan enrevesado como el de Felipe Centeno o Marianela.

El protagonista sirve a varios amos a lo largo de la primera serie de los *Episodios nacionales*: desde don Alonso, la actriz Pepita, hasta la Condesa Amaranta, y los hermanos Requejos en *El 19 de marzo y 2 de mayo*. En la Guerra de Trafalgar, Gabriel aprendió y entendió el significado del patriotismo. En *La corte de Carlos IV*, cuando la Condesa Amaranta le ofreció el encargo de desarrollar una intriga, Gabriel lo rechazó. En un monólogo

interior, recordando las palabras de su ama y comparándolas con su principio de honor, declara: «Cierto que quiero llegar a ser persona de provecho; pero de modo que mis acciones me enaltezcan ante los demás y al mismo tiempo ante mí, porque de nada vale que mil tontos me aplaudan, si yo mismo me desprecio» (Pérez Galdós: 2003VIII, 146-147).

Al final de la primera serie de los *Episodios*, Gabriel se hace un hombre honrado, llegando a una posición de general y contrae matrimonio con la hija de la Condesa Amaranta, Inés. La historia de Gabriel Araceli es una crónica del ascenso social de un pequeño pícaro: la actitud positiva hacia el mundo, el agradecimiento al prójimo, el constante esfuerzo y los deseos de aprender, confiere a Gabriel Araceli la imagen del «chico virtuoso». Sus palabras al final de *Trafalgar* desvelan este sentido ejemplífico e ilustrativo de sus peripecias:

...si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna, si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo (Pérez Galdós, 2003VIII, 79).

Al igual que Charles Dickens, que en sus obras crea una serie de huérfanos como Oliver Twist, David Copperfield y Phillip Pirrip, Galdós concibe una multitud de niños huérfanos en su creación literaria entre los cuales tenemos a Clara, en *La Fontana de Oro*; Nela y los hermanos de Golfín en *Marianela*; Mariano e Isidora en *La desheredada*; Irene en *El amigo Manso* y Gabriel Araceli en la primera serie de los *Episodios nacionales*. Las palabras del doctor Teodoro en *Marianela* sirven como testimonio de la orfandad española durante ese periodo, mostrando la penuria tanto material como emocional de este conjunto:

El miserable huérfano, perdido en las calles y en los campos, desamparado de todo cariño personal y amparado sólo por las corporaciones, rara vez llena el vacío que forma en su alma la carencia de familia... ¡oh!, vacío donde debían estar, y rara vez están, la nobleza, la dignidad y la estimación de sí mismo (Pérez Galdós, 2003VIII, 711).

Los huérfanos galdosianos tienen, en general, dos salidas para medrar en su vida. La primera es la adopción por parte de algún pariente o conocido de su familiar, pero puede ser la de alguien ajeno a la familia. También es frecuente que ejerzan la función de criados, mendigos, trabajadores en talleres o fábricas, o comerciantes de la calle.

La imagen de Marianela constituye una de las figuras de huérfanos más elaboradas y acabadas en la obra galdosiana. La historia de la Nela, que recorre toda la novela, comienza con su primera aparición con su amo Pablo y termina con su trágica muerte.

La adolescente ejerce la función de lazarillo del ciego Pablo. Ya desde su primera aparición es posible observar su aspecto físico: «...una muchacha, una niña, una chicuela, de ligerísimos pies y menguada de estatura» (Pérez Galdós: 2003II, 686). Nela confiesa a Teodoro que «dicen que tengo dieciséis años». No obstante, su pequeño talle no corresponde con su edad verdadera: «Tu cuerpo es a los doce, a lo sumo». El narrador demuestra los defectos de su apariencia con las siguientes líneas:

Era como una jovencuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo en que ha entrado o debido entrar el juicio. A pesar de esta desconformidad, era admirablemente proporcionada, y su pequeña cabeza remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. (...) No conociéndola, se dudaba si era un asombroso progreso o un deplorable atraso (Pérez Galdós: 2003II, 687).

Las condiciones de la vida de Nela eran desoladoras, ya que la familia con la que vive la considera un estorbo:

...allí había sitio para todo: para los esposos Centeno, para las herramientas de sus hijos, para mil cachivaches de cuya utilidad no hay pruebas inconcusas, para el gato, para el plato en que comía el gato, para la guitarra de Tanasio (...) para todo absolutamente, menos para la hija de la Canela. Frecuentemente se oía:
— ¡Que no he de dar un paso sin tropezar con esta condenada Nela!... (Pérez Galdós: 2003II, 690).

Marianela es un mero ejemplo de los niños huérfanos y abandonados, dispersos por toda España en el tiempo de Galdós. En la novela, Florentina se asombra cuando descubre que el caso de Marianela no ha sido una excepción:

Como la Nela hay muchos miles de seres en el mundo. ¿Quién los conoce? ¿Dónde están? Están perdidos en los desiertos sociales... que también hay desiertos sociales; están en lo más oscuro de las poblaciones, en lo más solitario de los campos, en las minas, en los talleres. (...) Al principio creí que la Nela era un caso excepcional; pero no, he meditado, he recordado y he visto que es un caso de los más comunes (Pérez Galdós: 2003II, 746).

A pesar de su pobreza, su poca hermosura y su falta de educación, Marianela era poseedora de cualidades valiosas. Pablo considera que el alma de Nela «está llena de preciosos tesoros. Tiene bondad sin igual y fantasía seductora» (Pérez Galdós: 2003II, 700). Sus palabras sorprendieron a Teodoro Golfín «por lo recatadas y humildes, dando indicios de un carácter formal y reflexivo. Resonaba su voz con simpático acento de cortesía, que no podía ser hijo de la educación» (Pérez Galdós: 2003II, 687). Sus expresiones, no correspondientes a las típicas de mendigos y pícaros, están repletas de dignidad:

La boca de la Nela, estéticamente hablando, era desabrida, fea; pero quizás podía merecer elogios, aplicándole el verso de Polo de Medina: es tan linda su boca que no pide. En efecto; ni hablando, ni mirando, ni sonriendo revelaba aquella miserable el hábito degradante de la mendicidad callejera (Pérez Galdós: 2003II, 688).

Tan altos valores, el pundonor y la dignidad la acompañarán hasta su trágico final. Esta última cualidad, por ejemplo, se manifiesta tras la exitosa operación oftalmológica de Pablo. Marianela no se atreve a entrar en la casa de su amo porque no quiere que él vea su fealdad: «Mi dignidad no me permite aceptar el atroz desaire que voy a recibir. Puesto que Dios quiere que sufra esta humillación, sea; pero no he de asistir a mi destronamiento». Comenta el narrador que esa sensación de amor propio constituye una idiosincrasia estimable para una muchacha como Nela: «Lo que no sufría metamorfosis era aquella pasioncilla que antes llamamos vergüenza de sí misma (...) Era como un aspecto singular del mismo sentimiento que en los seres educados y cultos se llamaba amor propio» (Pérez Galdós: 2003II, 730).

Así pues, los huérfanos bajo la pluma de Galdós suelen llevar una vida lastimosa. Las razones pueden recaer en la falta de amor o de medios económicos. No obstante, se puede observar que la mayoría de ellos, pese a las vicisitudes y la hostilidad de la vida, mantienen el amor propio, la dignidad y el honor, destacando por su esfuerzo para la autoformación, lo cual suele permitirles alejarse de la posible degradación.

Casiana Conejo en *Cánovas*, de la última serie de los *Episodios nacionales*, es uno de los niños abandonados en la literatura galdosiana. Sus experiencias como niña abandonada y mendiga contratada solo le dejan recuerdos amargos:

De los cinco a los diez años anduve por las calles, descalza, con un ciego que tocaba la bandurria. Largo tiempo pasé durmiendo en un banco sin más abrigo que unos trapajos indecentes. El abandono en que me tenía mi madre no se cuenta en un año. Me alquilaba para pedir limosna con mendigos asquerosos y borrachines (Pérez Galdós: 2003XII, 527).

No se debe olvidar que en el capítulo XXIX de *Misericordia*, una camarilla de mendigos pidió limosna a Benina, cuando «Andrajosos y escualidos niños se unieron al coro, y agarrándose a la falda de la infeliz alcarreña, le pedían pan, pan» (Pérez Galdós: 2003V, 358).

Aparte de la mendicidad, el abandono infantil también produjo el aumento de delitos y crímenes adolescentes, como queda bien reflejado en lo que dice de Teodoro Golfín cuando comenta el futuro para los niños abandonados: «¡Toda la energía la guardáis luego para declamar contra los homicidios, los robos y el suicidio, sin reparar que sostenéis escuela permanente de estos tres crímenes!» (Pérez Galdós: 2003II, 711).

Pedro Trinidad Fernández en su investigación constata la existencia de una implícita relación entre las pandillas de golfos y la delincuencia infantil, así como la creciente cifra de los delitos cometidos por los menores en España:

De las pandillas que vagaban por las ciudades y sus alrededores, libres de toda disciplina familiar y escolar, los golfos que malvivían de actividades marginales (...) de estos grupos (...) era de donde salían los futuros delincuentes. En los periódicos y revistas de la época es muy frecuente encontrar historias de las aventuras delictivas de esos jovencuelos precoces (Trinidad Fernández: 1996, 482).

En *La juventud delincuente: leyes e instituciones que tienden a su regeneración*, Julián Juderías informa el origen habitual de estos pequeños delincuentes:

De las profundidades tenebrosas de los bajos fondos sociales, donde todo es miseria, envilecimiento, falta de sentido moral, carencia de cuanto es indispensable para la vida sana y honrada, surge un numeroso ejército de delincuentes, que apenas han salido de la niñez. (Juderías: 1912, 165).

En *Trafalgar*, por ejemplo, se puede presenciar la vida de los golfillos y las batallas entre los bandos infantiles a través de las siguientes palabras de Gabriel Araceli:

...los chicos de La Caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercían igual industria y desafiaban con igual brío los elementos en Puntales, y por esta diferencia uno y otro bando nos considerábamos rivales, y a veces medíamos nuestras fuerzas en la Puerta de Tierra con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heroica sangre (Pérez Galdós: 2003VIII, 9).

Pero es en *La desheredada* en que sobresalen los golfillos galdosianos. En el capítulo VI titulado «¡Hombres!» de esta novela se dibuja el paseo de un grupo de golfillos, compañeros y rivales de Mariano Rufete:

Eran niños, y tenían la fisonomía común a todos los niños, la cual, como la de los pájaros, no determina bien los años de vida. La variedad de estaturas más bien indicaba los grados de robustez o cacoquimia que los años transcurridos desde que vinieron al mundo. El mal comer y el peor vestir pasaba sobre todos un triste nivel. Algunos llevaban entre sus labios, a modo de cigarro, un caramelo largo, de esos que parecen cilindro de vidrio encarnado, y con un fácil movimiento de succión le hacían entrar en la boca o salir de ella, repitiendo este gracioso mete y saca con presteza increíble (Pérez Galdós, 2003III, 45).

Entre ellos, Zarapicos y Gonzalete, de doce años, representan a los golfillos que vinieron a Madrid «descalzos, negros, vestidos de harapos», para buscarse la vida. En el mismo capítulo, se relata que como muchos compañeros suyos, cogen matacandiles, «una hierba que se cría en aquellas praderas», y los cambian por alfileres para vender luego:

Los matacandiles que en las tardes de primavera dan materia a un animado comercio infantil, ¿se cambiaban por dinero? No, porque la escasez de numerario lo vedaba. Sin embargo, no puede decirse que no fuera metálico el segundo término del cambio, porque los matacandiles se cambiaban por alfileres (Pérez Galdós: 2003III, 47).

Zarapicos y Gonzalete tenían ansias de trabajar como vendedores de periódicos, pero este trabajo era solo accesible para aquellos que dispusieran de suficientes medios económicos: «Eran demasiado granujas todavía, demasiado novatos, demasiado pobres, y no tenían capital para garantizar las primeras manos» (Pérez Galdós: 2003III, 47).

Tras el paseo de los pilluelos por el barrio, se produce una escaramuza entre el bando de Zarapicos y el de Majito, la cual empieza por un ros que pertenece a Majito. La dimensión del incidente abarca desde los dos provocadores hasta una multitud de chicos pícaros: «El *Majito* y los suyos ocupaban la altura. El *Zarapicos* y su mesnada, el llano. Piedra va, piedra viene, empezaron las abolladuras de nariz, las hinchazones de carrillos y los chichones como puño» (Pérez Galdós: 2003III, 48).

En plena guerra, con una navajilla en la mano, Mariano Rufete hirió gravemente a Zarapicos, que fue llevado a la Casa de Socorro, siendo el culpable arrestado por la Guardia Civil. Aquí, se observa cómo la golfería infantil llega al desorden, hasta convertirse en la delincuencia.

En el mismo capítulo de *La desheredada*, se halla una conversación entre dos personas opinando sobre esta pelea callejera. Este pasaje, con cierto valor histórico, evidencia la gravedad del problema de los delitos perpetrados por niños y jóvenes:

- Terrible es el matador hombre; pero el matador niño, ¿qué nombre merece?... Dicen que este tiene trece años.
- ¡Qué país!
- ¡Pero qué país!
- En Málaga son frecuentes estos casos.
- Y en Madrid lo van siendo también.
- ¡Y nos ocupamos de escuelas! ¡Presidios es lo que hace falta! (Pérez Galdós: 2003III, 51).

Discutiendo los medios para aliviar este mal social, uno propone que la resolución está en las «escuelas penitenciarias» o los «jardines Froebel», mientras que el otro considera que lo más eficaz sería los «presidios» o «maestros de hierro que no usen palmetas sino fusil Remington». Al final del capítulo, irónicamente, en el lugar donde se debería haber establecido unas escuelas, se levanta una nueva plaza de toros, por lo que, aunque el novelista ve la educación como solución de la delincuencia adolescente, la realidad es bien distinta de su ideal.

En *La desheredada*, Isidora Rufete se fue a la Mancha con su tío canónigo después de la muerte de su madre y el ingreso al manicomio de su padre. Su hermano pequeño, Mariano, se quedó en Madrid con la tía de los dos, la Sanguijuelera. Esta mandó al chico a una fábrica de sogas. Gracias a una herencia familiar, Mariano tuvo más tarde suficientes medios para ir a la escuela, pero su carácter rebelde e indócil provocó que abandonara los estudios. La historia de Mariano presenta el descenso paulatino de un muchacho zángano, al que le llega finalmente un destino irrevocable como verdadero delincuente.

En resumen, mediante estos huérfanos y golfillos, a través de sus alegrías, penas y peripecias, Galdós ofrece al lector una variedad de la infancia abandonada en la España decimonónica. Por un lado, da la impresión de que la mayoría de estas figuras optan más bien por una salida e incluso, una ‘huida’, o bien la lucha para la búsqueda de un mejor porvenir; en este caso, se puede citar a Pablillo Muriel, los hermanos Golfín y Gabriel Araceli. La mayoría de ellos, con cualidades como la bondad, el esfuerzo y el honor, no sufren el progresivo descenso moral como Mariano Rufete, evitando así el camino hacia el crimen y la delincuencia. Por otro lado, no resulta difícil darnos cuenta de que los que optan por quedarse en la situación miserable donde se encuentran son una minoría, siendo Marianela probablemente, la única ejemplificación.

BIBLIOGRAFÍA

ARENAL, Concepción, “Niños expósitos y niños mendigos”, Irene Palacio Lis y Cándido Ruiz Rodrigo (eds.), *Asistencia social y educación: documentos y textos comentados para una historia de la educación social en España*, Valencia, Universitat de València, Dpt. Educación Comparada e Historia de la Educación, 1996.

ARENAL, Concepción, *La instrucción del pueblo*, edición de Ana Martínez Arancón, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

ERIKSON, Effie L., “The influence of Charles Dickens on the novels de Pérez Galdós”, *Hispania*, XIX, 4, 1936, pp. 421-430.

JUDERÍAS, Julián, *La infancia abandonada: leyes é instituciones protectoras*: memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, Tipografía de Jaime Ratés, 1912.

JUDERÍAS, Julián, *La juventud delincuente: leyes é instituciones que tienden á su regeneración*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1912.

LÓPEZ NÚÑEZ, Álvaro, *La protección á la infancia en España*, Madrid, Imprenta de Eduardo Arias, 1908.

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 2003.

SORIANO, Marc, *La literatura para niños y jóvenes: Guía de exploración de sus grandes temas*, Buenos Aires, Colihue, 1995.

TRINIDAD FERNÁNDEZ, Pedro, “La infancia delincuente y abandonada”, José María Borrás Llop (ed.), *Historia de la infancia en la España contemporánea 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1996, pp. 477-505.